

LA ESPIGADORA (Cuento de otoño)

1º-2º

“Cuenta un cuento o una historia y, en los días siguientes, haz que los Niños lo lleven a su consciencia al hablar y tratar sobre aquello. Si ahora, a esto que han recordado, tratado y “hecho suyo”, le añadimos una sencilla melodía o una pequeña interpretación, recitación, etc., ésta será cantada, recitada o sentida por los Niños con tal entusiasmo y dedicación que les penetrará hasta el corazón, lo mismo que dicho cuento o historia. Esto sucede también cuando enseñamos algo abstracto a través de la música o, en general, a través del arte” v.g.s.



1. Es - pi - gas del ve - ra - no vi, los cam - pos lle - nos re - vi - vir.
 2. el Sol do - rar - las yo las vi.
 3. el Vien - to, a - gi - tar - las, vi.
 4. la Tie - rra sus - ten - tar - las vi.
 5. sus gra - nos pa - ra el mun do, vi.

¡Dan sus gra - nos, dan sus gra - nos, a - li - men - to al

mun - - do! 2.3.4. Es - do! FINAL

<https://ideaswaldorf.com/espigas-del-verano/>

En una región había una vez un magnífico castillo; en él vivía un terrateniente rico y codicioso, dueño de todas las tierras en un amplio radio. Era altanero y tan severo que no solo los extraños le temían, sino también su única hija, Elisabeth. Cuando ella creció y llegó el momento de casarse, su padre ni siquiera le preguntó por sus deseos, sino que le dijo de manera breve y contundente que solo podía elegir un novio de una familia rica y respetada.

Pero Elisabeth amaba desde hacía tiempo a Heinrich, un joven pobre pero trabajador de un pueblo cercano. Los dos jóvenes ya se habían prometido en secreto permanecer juntos para siempre.

Un día, Heinrich reunió valor. Fue al castillo y le pidió respetuosamente al padre de la joven que le concediera la mano de Elisabeth.

El señor del castillo primero lo miró sorprendido, pero luego se rió a carcajadas y respondió con sarcasmo:

-«¿Quieres decir que la vida aquí en mi castillo te gustaría más que en tu humilde choza? ¿Y que preferirías comer en una mesa lujosa que compartir el pan con los ratones?».

El joven palideció, pero se atrevió a replicar:

-«No me importa ni vuestro castillo ni la mesa lujosa, solo vuestra hija. Puedo trabajar y ganar el pan para ambos. Seguro que seremos felices».

-«¿Felices?», repitió el señor del castillo con burla.

-«¿De verdad lo crees? Me caes cada vez mejor, muchacho. Aunque me caerías aún mejor si al menos tuvieras todos los granos que, como cada año, quedan en mis campos después de la cosecha. ¡Ve a recogerlos todos! Si lo logras, tendrás a mi hija por esposa».

Tras estas palabras, le dio la espalda a Heinrich y lo dejó plantado. Al día siguiente, un monje mendigante llegó al castillo y le pidió limosna a Elisabeth. Como ella tenía buen corazón y nunca rechazaba a un pobre, corrió a la cocina para traerle algo de comida. Cuando regresó con un paquete en la mano y se lo entregó al mendigo, su padre apareció.

Se puso rojo de ira y regañó a Elisabeth:

-«¿Es que no tenemos paz con esta gente mendiga?».

Pero al ver que su hija tenía los ojos llorosos, recapacitó y dijo condescendiente: «Está bien, ya que ayer eché a un mendigo, puedes darle algo a este. Yo añadiré una moneda».

El monje inclinó su cabeza plateada ante el señor del castillo y dijo humildemente:

«Os lo agradezco, señor; que Dios os devuelva mil veces lo que me habéis dado».

El señor del castillo respondió con arrogancia:

-«Guárdate tus frases, viejo. En mis campos crece tanto que no necesito ni tu agradecimiento ni tus oraciones».

Luego dejó a Elisabeth y al monje y se fue. El anciano miró a la joven con atención, vio su rostro afligido y le preguntó por qué estaba tan triste.

Entonces Elisabeth le contó que su padre había rechazado con desprecio al joven que la había cortejado por ser pobre, pero que ella solo lo amaba a él y que sin él no podría ser feliz.

El monje la escuchó atentamente y dijo:

-«Rezaré por vosotros dos. Quizás Dios aún os permita ser felices».

Unos días después, comenzó la cosecha en los vastos campos del terrateniente. Bajo el calor abrasador del verano, los sirvientes cortaban el trigo maduro, y las mujeres y muchachas lo ataban en gavillas y las colocaban en interminables hileras.

Unos días más tarde, los carros cargados de trigo se dirigían de los campos a los graneros. Pero cuando se recogió la última carga, enormes bandadas de palomas, codornices, perdices, gorriones y alondras se posaron en los rastros, picotearon todos los granos y espigas que quedaban y volaron hacia la choza donde vivía Heinrich, dejándolos caer allí. También llegaron cientos de ratones, hámsteres y liebres para ayudar.

No pasó mucho tiempo antes de que el montón de granos y espigas recogidos superara el techo de la choza. Cuando amaneció al día siguiente, no quedaba ni un solo grano en los campos del terrateniente.

Al principio, Heinrich no podía creer lo que veía. Pero luego agradeció a Dios por el milagro que había ocurrido.

Ese mismo día, él volvió al castillo, le contó al hombre rico lo que había sucedido durante la noche y le pidió por segunda vez la mano de Elisabeth. El señor del castillo bajó inmediatamente al pueblo con el joven para comprobar con sus propios ojos que Heinrich había dicho la verdad.

Cuando poco después se encontró frente a la enorme montaña de granos recogidos y espigas llenas, reconoció que allí había obrado una voluntad superior a la suya. Tuvo que cumplir lo que le había prometido al joven y le dio a su hija en matrimonio.

Aportación de la Comunidad de Cristianos